

# RESEÑAS



## UNA NUEVA ANTOLOGÍA DE ROMANCES

Rafael Alemany Ferrer  
Universidad de Alicante

La editorial Alhambra, en el volumen número 22 de su cada día más apreciable colección de «Clásicos», nos brinda un flamante *Romancero*, cuya edición, estudio y notas se deben a la profesora Michelle Débax, de la Universidad de Toulouse-Le Mirail (Madrid, 1982). La obra es fruto de la importante dedicación de la autora al tema en los últimos años, interés ya anunciado en sus «Problèmes idéologiques dans le *Romancero* traditionnel» (en *L'Idéologique dans le texte (Textes hispaniques): Actes du I<sup>e</sup> Colloque du Séminaire d'Etudes Littéraires de l'Université de Toulouse-Le Mirail [Toulouse, février 1978]*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1978, pp. 141-163).

De las 428 páginas que constituyen el libro, aproximadamente un tercio se dedica a estudio preliminar y el resto a la antología de romances propiamente dicha, acompañada de las anotaciones pertinentes e índices de títulos y de primeros versos de los textos antologados. El estudio preliminar se completa con una copiosa y actualizadísima bibliografía, que registra 210 entradas, buena parte de las cuales han sido satisfactoriamente aprovechadas por la profesora Débax para elabo-

rar el apretado — pero rigurosamente sistemático — estado de la cuestión que viene a perfilar su estudio.

Se divide éste en siete epígrafes, en el primero de los cuales se analiza el concepto de «romance» a través de un minucioso buceo lexicográfico, al tiempo que se proponen los diversos parámetros utilizables para una clasificación del romancero (cronología, autoría, función, estilo...) y se abordan los inconvenientes de las ordenaciones resultantes de la combinación de parámetros heterogéneos. En el segundo apartado se estudian las relaciones del romancero con la Historia; tales imbricaciones, señala la profesora Débax, no sólo se restringen a aquellos romances en que se sustancia un hecho histórico concreto, sino que alcanzan a un repertorio bastante más amplio de textos que, aun careciendo de carácter genuinamente «histórico», evidencian, mediante una formalización mitopoética, un estado de conciencia colectiva explicable, en última instancia, en clave de coyuntura histórica. El tercer epígrafe está dedicado a la dicotomía romancero-Geografía; por una parte se destaca la importancia de la Geografía en un género que, dado su originario carácter oral, se transmite con harta facilidad por los más diversos territorios; por otra parte, la diversidad geográfica en que se produce o reproduce un romance opera como factor determinante de algunos de los cambios que se introducen en las versiones primitivas, al necesitar el transmisor (— autor) acoplar el poema, o mejor, incorporar a éste, determinadas peculiaridades étnico-espaciales. En cuarto lugar se estudian las categorías de autor y transmisor, de tan difícil separación en el caso del género que nos ocupa — un romance tradicional siempre se «está haciendo» —, para pasar, en el quinto apartado, a detallar la diversidad de funciones que puede cumplir un romance: desde la meramente noticiosa — histórica o propagandística, o ambas a la vez —, a la divertida o a la utilitaria, cual es el caso de un romance como el de «La princesa bastarda y el segador» que — consta — se cantaba en ciertas regiones para conseguir un ritmo acompasado en las faenas de siega. Después de un epígrafe — el sexto — dedicado al estudio de las materias temáticas romanceriles, se cierra el estudio preliminar con un séptimo — y último — apartado que atiende los aspectos formal y estilístico, que, por cierto, ofrece la novedad de sintetizar las aportaciones al romancero de las teorías de la narratividad de Propp y Segre llevadas a cabo, respectivamente, por Bruce A. Beatie y Diego Catalán.

Constituyen el cuerpo de la antología 92 romances, de los cuales 12 se nos proporcionan en versión doble y otros 3 en versión triple, como muestra práctica del fenómeno de variación a que somete a buena parte

del romancero su «oralidad» y su «tradicionalidad», confiriendo a sus composiciones el carácter de «estructura abierta», susceptible de amoldarse a diversos contextos espacio-temporales y socio-culturales, en los que, a su vez, cada transmisor es un poco —o un mucho— autor y viceversa.

Es curioso que Michelle Débax, que en su estudio preliminar repara en la dudosa pertinencia de clasificaciones organizadas en base a una heterogeneidad de criterios, no logre sustraerse a ellas a la hora de organizar el material que ha editado. Y, así, aun siendo absolutamente consciente de esta cierta incoherencia —según ella misma explicita—, opta por inventariar el poemario de acuerdo con dos puntos de vista diferentes: el de origen o procedencia de los romances y el de motivos temáticos de los mismos, todo ello adaptando levemente la clasificación recogida por Samuel G. Armistead, Selma Margaretten, Paloma Montero y Ana Valenciano en *El Romancero judeo-español en el Archivo Menéndez Pidal (Catálogo-Índice de romances y canciones)*, 3 vols., Madrid, 1978. De este modo los 92 romances antologados se nos ofrecen distribuidos en 17 compartimentos, 5 de los cuales responden al criterio clasificatorio de *origen* (épicos, carolingios y caballerescos, históricos, bíblicos y clásicos) y los 12 restantes al criterio de *motivo temático*, a saber: cautivos y presos, vuelta del esposo, amor fiel y amor más allá de la muerte, esposa desgraciada, mujer adúltera, mujeres matadoras, raptos y forzadores, incesto, mujeres seductoras, mujeres seducidas, varias aventuras amorosas y romances religiosos. Lo que resulta evidente es que, con independencia de que los romances agrupados en los cinco primeros bloques permitan una eventual clasificación según sus motivos temáticos respectivos, existe una diferencia sustancial entre éstos y los recogidos en los doce apartados subsiguientes: la de relacionarse, en mayor o menor medida, con una materia escrita anterior (gestas, ciclos novelescos carolingio y bretón, crónicas, Biblia o literatura greco-latina) de la que, en definitiva, proceden —con independencia del grado de reelaboración a que se hayan sometido ulteriormente tanto desde el punto de vista formal como temático o, incluso, intencional—; los segundos, por el contrario, no permiten tan seguras filiaciones y, cuando las hay, se nos difuminan en el menos preciso acervo folclórico general.

La editora ha basado sus textos en fuentes diferentes según se trate de romances antiguos o modernos. En el primer caso se ha servido de facsimiles solventes tales como el *Cancionero de romances impreso en Amberes sin año* (anotado por R. Menéndez Pidal, C.S.I.C., Madrid,

1945 —reimpresión del publicado en Madrid, 1914 por la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas—), los *Pliegos poéticos góticos de la Biblioteca Nacional* (6 vol., Colección «Joyas Bibliográficas», Madrid, 1957-1961) y los *Pliegos poéticos españoles de la Universidad de Praga* (2 vols., prólogo de R. Menéndez Pidal, Colec. «Joyas Bibliográficas», Madrid, 1960). Si se trataba de textos modernos se ha basado en las lecciones ofrecidas por la edición respectiva usada en cada caso, de la que se da cumplida referencia en nota.

Completan la edición de cada romance dos series de anotaciones, textuales y bibliográficas, respectivamente, que, amén de proporcionar, casi exhaustivamente, las distintas fuentes de conservación del texto, aportan una apreciable guía bibliográfica particularizada.

Puede afirmarse, sin exceso, que este reciente *Romancero*, por la hábil combinación de metodología rigurosa y sistematización expositiva de que hace gala la profesora Débax, cobra carácter de una útil herramienta de trabajo para el estudiante —y aún para el estudioso—. Situado en un punto intermedio entre la antología escolar habitual y las ediciones de romances en colecciones de envergadura y de difícil circulación, habrá que recurrir a él, en lo sucesivo, para suplir las ya excesivas limitaciones de la *Flor nueva de romances viejos* pidaliana o, incluso, de otras antologías más recientes como, por ejemplo, *El romancero viejo* publicado por Mercedes Díaz Roig en la editorial Cátedra (Madrid, 1978). Lástima que Michelle Débax no dispusiera ya de tiempo para incorporar a su útil trabajo las aportaciones del 2º Coloquio Internacional sobre el Romancero, cuyos resultados, pese a haberse celebrado en Davis, California, en mayo de 1977, no se publicaron hasta 1979 (vols. II, III y IV de la colección *Romancero y poesía oral*, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal y Editorial Gredos). Sin duda alguna tales aportaciones hubieran enriquecido el estudio y el repertorio bibliográfico con que se abre la antología reseñada, más... no ha lugar a la congoja, pues por todos es bien sabido —y sufrido— el paso harto ligero con que avanzan la investigación y la crítica en nuestros días.

## JARDINES ABIERTOS PARA TODOS

Guillermo Carnero  
Universidad de Alicante

Pedro Soto de Rojas  
*Paraíso cerrado para muchos. Adonis*  
Edición de Aurora Egido  
Madrid, Cátedra, 1981

La constelación de grandes poetas que produjo el Barroco español es todavía, en buena parte, inaccesible al lector curioso y al estudiante universitario. Si la obra imprescindible de Góngora, Villamediana, Quevedo, Lope o Jáuregui se ha ido poniendo, en estos años, al alcance de cualquier voluntad y fortuna, otros autores, que no desentonan a su lado en calidad y significación histórica, esperan, sepultados en ediciones agotadas o eruditas, que alguien los saque del ángulo oscuro que sólo frecuentan los profesionales de la enseñanza y la investigación, y los revele al gran público. Eso ha hecho, con oportunidad, sensibilidad y sabiduría poco comunes, la joven catedrática de la Universidad de Zaragoza, Aurora Egido, con esta ejemplar edición de Soto de Rojas, que hará las delicias de todos los amantes de la literatura de nuestro llamado Siglo de Oro.

El libro lleva una documentadísima introducción que es todo un tratado, de insuperable densidad, sobre la refinada cultura que servía de caldo de cultivo a la inspiración y la técnica de un poeta como Soto de Rojas, encuadrado en la corriente preciosista y erudita que produjo los mejores frutos literarios del XVII. Soto fue un autor que, tras los obligados escarceos en certámenes poéticos y academias, se vio recompensado con una soledad sonora en la que hacer posible el sueño de un doble mundo cerrado y puro, como el que reclamaba Fray Luis de León. Por una parte, el acotamiento de un espacio físico —su quinta granadina— donde levantó una morada como mundo abreviado y alegoría materializada de su talante intelectual. Por el otro, una obra reflejo del equivalente tránsito de su sensibilidad y su pensamiento. En la invención de esos dos microcosmos semejantes, el poema y la residencia-jardín, descubre Aurora Egido la clave de la personalidad del hombre y poeta granadino, escultor reconcentrado de su vida y sus versos lejos de las esperanzas cortesanas.

Quienes duden de la vigencia y la fecundidad de una ciencia de la Literatura concebida como historia erudita deberían desengañarse leyendo la introducción de Aurora Egido, que nos ofrece una reconstrucción cumplida de las fuentes y del significado de la sensibilidad y la inteligencia de un poeta docto como Rojas, enraizado en la más selecta tradición humanística. La historia del jardín occidental es inseparable de la evolución de los estilos de época y de sus formas literarias, como bien saben los expertos en Estética. Apoyándose en las diferencias que separan los jardines de Pope en Twickenham, los del palacio de Versalles y los «jardines salvajes» de la Inglaterra de fines del XVIII, con sus ruinas artificiales y sus chalets suizos, se puede descubrir la evolución de una sensibilidad que corre paralela en las obras literarias coetáneas. Aurora Egido nos la proporciona para la primera mitad del siglo XVII: en su reconstrucción vemos desfilar el simbolismo del «lugar ameno» como compendio del goce y la sabiduría, tanto en la tradición occidental como en la islámica; la literatura emblemática, clave fundamental de las Letras y las Artes de la época; las referencias mitológicas y eruditas y, en fin, todos los elementos que un poeta como Soto de Rojas, encarnación de la síntesis horaciana entre inspiración y cálculo sabio, era capaz de introducir en el pequeño mundo que levantó por medio de su palabra y del trabajo de albañiles y jardineros. El edificio interpretativo levantado por Aurora Egido se fundamenta en una bibliografía cuya riqueza no es posible recoger aquí, aunque es de justicia señalar sus referencias a los estudios de Dámaso Alonso, Antonio Gallego Morell, Emilio Orozco y Juan Manuel Rozas, maestros de la exégesis de nuestro Barroco.



Verá el lector de esta edición una detallada descripción del jardín de Soto en el prólogo que puso Francisco de Trillo y Figueroa a *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*. El poema, de mil y pico de versos, va dividido en siete «mansiones» o partes, de cuya riqueza léxica sólo puede dar cuenta su misma lectura. Por entre la descripción esplendorosa, la metáfora y las fórmulas retóricas, corre un hilo de estoicismo luminoso: «quietudes en que nace la esperanza», como dice el poeta en el verso 559. Y a él mismo podríamos llamarlo, aplicándole el 692, «filósofo emblemático poeta». Una filosofía que descansa en la contemplación gozosa de una realidad limitada a sus manifestaciones de belleza, como en Góngora, y que el autor concluye en reflexiones que llamaríamos deístas si no fuera por miedo al anacronismo.



**BIBLIOGRAFÍA DE AUTORES ESPAÑOLES DEL  
SIGLO XVIII. T. I MADRID, C.S.I.C., 1981  
por Francisco Aguilar Piñal**

Juan A. Ríos Carratalá  
Universidad de Alicante

Hace ya algo más de un año apareció el primer tomo de la *Bibliografía...*, recopilada tras una ingente investigación del doctor F. Aguilar Piñal. La magnitud y necesidad de la obra imponen el profundo agradecimiento de todos aquéllos que, desde diversos ámbitos, sienten interés por nuestro siglo XVIII. La fructífera trayectoria investigadora del doctor F. Aguilar Piñal (1) constituía una garantía de rigor en una tarea tan imprescindible como inexplicablemente aplazada. La aparición del citado tomo satisfizo sobradamente las expectativas y, tras el plazo transcurrido, se empieza a sentir la necesidad de que las dificultades económicas no frustren una empresa tan felizmente iniciada.

---

(1) Véanse, entre otros títulos importantes, *Bibliografía fundamental de la literatura española. Siglo XVIII*, Madrid, S.G.E.L., 1976; *Sevilla y el teatro en el siglo XVIII*, Oviedo, 1974; *Romancero popular del siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., 1972 y *La prensa española en el siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., 1978.

En plena era de la informática, la bibliografía española no parece haber avanzado demasiado desde que Leandro Fernández de Moratín importara el sistema de clasificación por fichas. Cualquier trabajo de investigación realizado en nuestro país suele tropezar con la dificultad inicial, a veces desalentadora, de la carencia de unos instrumentos bibliográficos útiles, actualizados y accesibles. Y subrayamos la idea de utilidad porque, en nuestra opinión, uno de los méritos del referido tomo es su eminente carácter práctico. Las acertadas acotaciones temporales, el criterio amplio y riguroso en el aspecto temático y lingüístico, la exhaustividad en las clasificaciones, los imprescindibles índices y, sobre todo, la localización de la mayoría de los textos hacen de esta obra un instrumento eficaz y práctico tanto para el estudiante como para el investigador profesional.

Pero el valor de la empresa iniciada por el doctor F. Aguilar Piñal no afecta solamente al ámbito bibliográfico. Un simple repaso de los miles de textos y autores recopilados —muchos de ellos totalmente inéditos y sugerentes— nos induce a pensar en la parcialidad de lo estudiado hasta ahora. A partir de la publicación de la *Bibliografía...* es más probable que la objetividad de la obra localizada se imponga sobre la especulación acerca de un siglo XVIII analizado tan a menudo desde posiciones apriorísticas. El doctor F. Aguilar Piñal abre así la posibilidad de conocer aspectos inéditos y de completar otros, siendo éste el primer paso para que se puedan matizar o contradecir afirmaciones sacralizadas por la falta de documentación padecida hasta el presente.

Subrayar lo obvio sólo tiene sentido cuando las dificultades económicas pueden acabar con la lógica. Esta nos hace ver como una excelente inversión la publicación de los nueve tomos restantes en un período relativamente breve. La obra del doctor F. Aguilar Piñal constituye, sin duda alguna, un poderoso acicate para todos los dieciochistas y al mismo tiempo una garantía de que los futuros trabajos discurrirán por caminos en donde la intuición y la casualidad bibliográficas pasarán a un segundo plano. Dos motivos más que suficientes para justificar un esfuerzo económico que recompense una labor infatigable y de indudable repercusión.